



Covid-19: sindemia más que pandemia

Factores socioculturales y económicos detrás de la crisis sanitaria

Un llamado público al presidente Carlos Alvarado y a las autoridades de salud

Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE)
Universidad Estatal a Distancia (UNED)

Mayo 2021

Resumen: el Covid-19 es una problemática social, cultural y económica, antes que biológica y médica. Si bien sus orígenes son biológicos, y sus manifestaciones extremas y más dolorosas, se dan en los hospitales, su evolución, y eventual complicación, está esencialmente influida por las relaciones sociales, puesto que es en la interacción humana como el SARS-CoV-2 se difunde y los contagios se multiplican. Pero al hablar de las relaciones sociales, estamos hablando de realidades subyacentes complejas, atinentes a instituciones, patrones culturales, visiones de mundo, pautas de comportamiento, y, también, a realidades conflictivas y asimétricas, de desigualdad, pobreza, exclusión y violencia. Por esa causa, más que una pandemia, el Covid-19 es una sindemia: porque sus efectos y consecuencias se agrandan y complican en interacción con esas realidades sociales multidimensionales, y con todas las inequidades que le son características. Esto ha sido dejado de lado, minimizado cuando no simplemente ignorado, en el abordaje que se ha hecho del problema. Esa omisión podría estar influyendo significativamente en el agravamiento del problema. Sobre eso se llama aquí la atención, y es desde ahí, o sea, desde ese enfoque amplio y complejo, que se formulan diversas recomendaciones de política.

7 de mayo de 2021

Sres.

Máster Carlos Alvarado Quesada, presidente de Costa Rica

Dr. Daniel Salas Peraza, ministro, Ministerio de Salud.

Dr. Román Macaya Hayes, presidente, Caja Costarricense del Seguro Social

Dr. Mario Ruiz Cubillo, gerente médico, Caja Costarricense del Seguro Social

Máster Alexander Solís Delgado, presidente Comisión Nacional de Prevención de Riesgos y Atención de Emergencias.

CICDE_023_2021

Estimados señores:

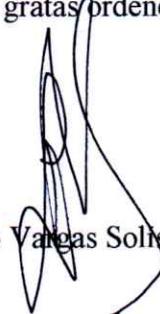
Con mis saludos cordiales, y esperando que ustedes y sus familias estén muy bien, les hago llegar adjunto el documento titulado "*Covid-19: sindemia más que pandemia. Factores socioculturales y económicos detrás de la crisis sanitaria. Un llamado público al presidente Carlos Alvarado y a las autoridades de salud*", el cual ha sido elaborado con el aporte de un equipo de investigadoras e investigadores de diversas disciplinas de las ciencias sociales, quienes forman parte del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE), de la Universidad Estatal a Distancia (UNED).

Intentamos llamar la atención en este documento, sobre factores socioculturales y socioeconómicos que subyacen a la crisis sanitaria del Covid-19, los cuales, nos parece, no han recibido la atención debida. Creemos que, para lograr un eficaz control de los contagios, esos factores deberían ser tomados en consideración, y con ese ánimo, y con espíritu totalmente constructivo, formulamos varias propuestas.

Quedamos a sus gratas órdenes, en lo que esté a nuestro alcance.

Atentamente

Dr. Luis Paulino Vargas Solís
Director a.i.
CICDE-UNED



Contenidos principales

La problemática social detrás del Covid-19.....	3
Algunos factores socioculturales y psicosociales asociados al agravamiento del problema.....	7
Propuestas frente a la crisis sanitaria del Covid-19.....	9

*Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo
Vicerrectoría de Investigación
Universidad Estatal a Distancia
San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica
Apartado Postal 474-2050
Tel: (506) 2234-3236, ext.6542
Correo-e: cicde@uned.ac.cr*

Queremos hoy expresar, por medio de esta nota, nuestra enorme preocupación, no solo por la evolución, sumamente amenazante, que registra la pandemia del Covid-19, sino, en particular, por el abordaje que el gobierno de Carlos Alvarado ha priorizado, en virtud de las omisiones en que se incurre, las cuales inevitablemente dificultan el logro de los objetivos propuestos, en términos de reducir la tasa de contagios y preservar la capacidad de nuestros hospitales para brindar a quienes lo necesiten, una atención humanizada, compasiva y satisfactoria.

Como científicas y científicos sociales que, desde el alero de una universidad pública, estamos al servicio de la sociedad costarricense en general, y, en especial, al servicio de los sectores sociales más débiles y vulnerabilizados, con los cuales estamos en permanente y estrecha vinculación por medio de nuestro trabajo, queremos respetuosamente expresar al presidente Alvarado, al Dr. Daniel Salas, ministro de Salud, y a las demás autoridades de gobierno en cuyas manos está definir las políticas relacionadas con el Covid-19, lo que enseñada expondremos.¹

La problemática social detrás del Covid-19

1) El problema del Covid-19 no es solamente un problema médico o biológico, es también, y principalmente, un problema social y cultural. De ahí que aquí propongamos introducir el concepto de **sindemia**, no necesariamente para sustituir el de pandemia, pero sí como un referente indispensable, para poder caracterizar apropiadamente, la multidimensionalidad y complejidad del problema que enfrentamos. La sindemia es un concepto acuñado por el antropólogo y médico Merrill Singer. Básicamente advierte acerca de la agudización de los impactos de una pandemia al entrelazarse con condiciones materiales y simbólicas, de la existencia social atravesadas por la pobreza y múltiples inequidades sociales, educativas y económicas, y diversas formas de violencia estructural. Apuntemos aquí, lo que por demás es obvio y elemental: es en la interacción social, o sea, en la interacción entre las personas, como los contagios tienen lugar. Pero, por favor, téngase presente que, al hablar de interacción social, hablamos de un universo complejo y multifacético, ya que las relaciones entre los seres

¹ Este documento fue elaborado bajo la coordinación del Dr. Luis Paulino Vargas Solís, director a.i. del CICDE-UNED. En su elaboración colaboraron las siguientes investigadoras e investigadores del CICDE: M.Sc. Eva Carazo Vargas; M.Sc. Natalia Dobles Trejos; M.Sc. Paulo Coto Murillo; M.Sc. Patricia Oliva Barboza; M.Sc. Andrey Badilla Solano; M.Sc. Gustavo Gatica López; Lic. Pablo Díaz González; Lic. Andrey Pineda Sancho; Lic. Luis Alonso Rojas Herra.

humanos están cruzadas por múltiples determinaciones culturales, sociológicas, psicológicas y económicas. No tener esto en cuenta apropiadamente, puede tener graves consecuencias. El concepto de sindemia, intenta recoger y sintetizar ese entramado complejo propio de las realidades sociales, que hoy seguramente está teniendo una incidencia significativa en la evolución del Covid-19.

2) Reconocer la complejidad social del problema, hace a su vez necesario, reconocer que somos una sociedad compleja y multifacética, pero, sobre todo, que somos una sociedad asimétrica, cruzada y fragmentada por múltiples expresiones de desigualdad, violencia, exclusión y marginalidad, todo lo cual provoca que la pandemia, devenida entonces sindemia, y las medidas implementadas para atenderla, impacten de forma diferenciada a distintos sectores de la población, y se manifieste de forma disímil, en los distintos contextos.

3) Es importante subrayar que el confinamiento, el “quedarse en casa”, inclusive la muy necesaria suspensión de clases presenciales en escuelas y colegios, por la que el gobierno debería optar lo más pronto posible, comportan para las mujeres, un sobrecargo de trabajo y responsabilidades de cuidado, como también muchas veces conlleva para ellas, una mayor exposición a situaciones de violencia doméstica, lo cual puede afectar también a otras personas en situación vulnerable: menores de edad, personas con discapacidades y personas mayores. Debe tenerse presente que, en el caso de las mujeres que son jefas de familia y de cuyo trabajo remunerado fuera de la casa dependen los ingresos de un hogar, el “quedarse en la casa” puede representar la total ausencia de ingresos.

4) Además, y en general, es necesario reconocer que existen múltiples situaciones sociales desventajosas que conllevan un riesgo incrementado de contagio. Un caso típico que se repite incontables veces en nuestra realidad es el siguiente: en los barrios empobrecidos de las ciudades principales del Valle Central de Costa Rica, es frecuente que en una casa muy pequeña convivan un número considerable de personas. Algunas de éstas, por lo general las personas más jóvenes, usualmente salen todos los días a trabajar, como es posible que entre quienes permanecen en casa, se cuenten personas adultas mayores. Si alguien entre quienes salen a trabajar, resultara contagiado, la posibilidad de que el resto de la familia se contagie, es muy alta, puesto que, en viviendas tan carenciadas y hacinadas, el aislamiento de la persona contagiada, es un lujo prácticamente inalcanzable.

5) Comprendemos y compartimos el interés por tratar de buscar opciones que permitan controlar o por lo menos aminorar el problema sanitario, y que, al mismo tiempo, tengan el menor costo económico posible. Ello es mucho más necesario, teniendo presente las angustias que viven muchas micro y pequeñas empresas, y la dolorosísima realidad de centenares de

miles de personas desempleadas o en la informalidad laboral, frente a lo cual, lamentablemente, las políticas definidas desde el gobierno y desde la Asamblea Legislativa, han sido omisas, cuando no simplemente cómplices e indiferentes. Sin embargo, hay una línea muy tenue que separa el esfuerzo por proteger la economía, respecto del descuido que pone en riesgo la salud y la vida de las personas. Esa vaporosa frontera podría estar siendo transgredida, cuando se invisibilizan y quedan fuera de foco los factores sociales y culturales que subyacen a la pandemia, y que hace que ésta asuma más bien las características propias de una sindemia. Insistimos: estamos ante un problema multifacético, agravado y complejizado por una serie de condiciones que trascienden lo propiamente médico y biológico, y que incluyen cuestiones sociológicas, antropológicas, psicológicas, culturales y económicas.

6) Las situaciones sociales de pobreza y marginalidad a las que hacemos referencia, se visibilizan, no solo en hogares hacinados, o en cuarterías, en las que, en espacios muy reducidos conviven muchas personas, y donde incluso puede haber carencia, o al menos insuficiente provisión, de servicios tan básicos y necesarios como el agua potable. A estas situaciones de pobreza y marginalidad, se suman múltiples factores agravantes, asociados al género, como ya se indicó, pero asimismo a la condición de persona migrante, indígena, sexualmente diversa, con alguna discapacidad, de habitante de la calle, entre otros factores que complejizan y dificultan un exitoso abordaje de la cuestión. Las personas mayores que sufren soledad y abandono son, a estos efectos, una población especialmente vulnerable.

7) Pero, asimismo, no olvidemos que son principalmente trabajadores y trabajadoras de a pie, muchas veces personas en la informalidad laboral, quienes diariamente deben circular por las calles de nuestras ciudades en busca de su sustento y el de sus familias. Esas son las personas que, no por gusto, sino por necesidad, incluso por obligación, se aglomeran en las paradas de buses pésimamente dispuestas en nuestras ciudades, o quienes deben viajar, junto a muchas otras personas, en buses a menudo mal ventilados, incluso completamente cerrados cuando se trata de una tarde de lluvia, situación que, por estos días, va siendo cada vez más frecuente.

8) En lo anterior, hacemos referencia a personas, que, aún si quisieran aplicar con rigor todas las normas de cuidado y prevención que se recomiendan, se ven inmersas en realidades limitantes, que dificultan seriamente poder hacerlo. No sabemos en qué medida las situaciones de extendido y agravado contagio que hoy día sufrimos, se originan en las situaciones sociales a que hemos hecho referencia, pero es perfectamente razonable suponer que reside ahí un potencial de contagio muy significativo y poderoso, lo cual, sin embargo, no parece atraer la atención de las autoridades ni de la prensa.

9) Con la amenaza del Covid-19, ha venido también la exigencia de cambios en los estilos de convivencia, que rompen con rutinas que habían sido plenamente internalizadas y naturalizadas, y las cuales de repente deben ser modificadas. Todo ello genera sentimientos de inseguridad y desorientación, y provoca niveles de estrés extremadamente altos y desgastantes. Son innegables las secuelas en la salud mental que de ahí derivan, las cuales se visibilizan en el insomnio, los ataques de ansiedad, incluso ataques de pánico, y hasta la depresión. En este momento, la situación de salud mental en el país se acerca a una crisis de salud pública, que se ve agravada por las vulnerabilidades socioculturales y económicas ya indicadas, así como por el debilitamiento de elementos protectores, incluyendo nuestro sistema de seguridad social, hoy prácticamente rebasado.

10) La energía de las autoridades parece enfocarse, fundamentalmente, en un discurso de persuasión moral, para tratar de convencer a la población acerca de la necesidad y urgencia de atender las medidas de prevención y los protocolos indicados. Este énfasis, enteramente centrado en la responsabilización individual, va acompañado también de insistentes llamados de atención, al modo de reprimendas, respecto de la proliferación de comportamientos irresponsables y descuidados -los cuales son absolutamente censurables- por parte de algunos sectores de la población. Todo esto se formula como un ejercicio discursivo en abstracto, es decir, como si las condiciones en que se desenvuelven las distintas personas, hogares y sectores de la sociedad, fuesen los mismos. En el mejor de los casos, eso solo podría tener un éxito muy limitado. Los datos disponibles demuestran que, claramente, es un abordaje erróneo.

11) Es innegable que, en todo esto, hay un elemento de responsabilidad personal, del que ninguna persona puede considerarse exenta. Pero, en realidad, la problemática planteada trasciende muy ampliamente esa faceta individual. Primero, porque, como hemos indicado, también hay una dimensión social, asociada a situaciones de pobreza, marginalidad, discriminación e inequidad de género, que agravan el problema, todo lo cual configura una cuestión de responsabilidad social, mucho más que meramente individual. Y, segundo, porque también hay elementos culturales, que posiblemente estén asociados a muchos de los comportamientos anómalos que hemos observado, y cuya modificación no es de ninguna manera fácil, y, en todo caso, difícilmente responderán, o, en todo caso, solo lo harían con mucha lentitud y de forma muy parcial, a esos sermones y llamadas de atención. O sea, y en breve, estamos ante un reto de alcances colectivos, que no se resuelve, ni mucho menos, como una simple sumatoria de responsabilidades individuales atomizadas, sino que exige de un esfuerzo conjunto y solidario.

12) Si efectivamente interesa minimizar las consecuencias económicas de toda esta terrible situación, pero sin incurrir en el elevadísimo costo humano y social al que hoy estamos haciendo frente, una de las facetas sobre las que debería actuarse prioritariamente es la atinente a esas cuestiones de desventaja e injusticia social mencionadas. Si por muchos años, los grupos que dirigen el país no han querido, o no han podido, crear las condiciones que permitan sacar a esas familias y hogares de esa situación de desventaja y posposición, no esperamos que lo hagan ahora. Sería iluso pretenderlo, puesto que es claro que sensibilidad frente a la pobreza y la desigualdad, no es algo que anime la actuación de quienes más poder tienen hoy en Costa Rica. Pero sí creemos que, aunque solo sea en atención a objetivos pragmáticos y en procura de poner bajo control el contagio, se deberían desarrollar acciones que atenúen, tanto como sea posible, el potencial de contagio y diseminación del virus SARS-CoV-2, asociado a esas situaciones sociales.

13) Los factores culturales y psicosociales que, de una u otra manera, propician comportamientos irresponsables, permisivos y riesgosos, requerirían un tratamiento diferenciado, es decir, convocan a un esfuerzo educativo apropiadamente diseñado. No es sensato abordarlos desde mensajes abstractos y genéricos. Deben, en cambio, ser atacados de forma selectiva, con suma inteligencia y respeto. Debe reconocerse que, hasta en el mejor de los casos, lograr modificaciones significativas nunca será fácil, ya que son cuestiones asociadas a patrones culturales muy arraigados, con profundas raíces históricas. Pero las posibilidades de éxito disminuyen considerablemente, si tan solo se recurre a la apelación moral en abstracto y a una responsabilización individualizada, como hasta la fecha se ha venido haciendo.

Algunos factores socioculturales y psicosociales asociados al agravamiento del problema

Sin pretender exhaustividad, queremos señalar los siguientes aspectos:

- a El trasfondo cultural de nuestra sociedad, sigue estando marcado y gobernado por los parámetros propios del patriarcado y el machismo. Aun cuando ha habido cambios importantes, esos rasgos estructurales conservan amplia vigencia. Ello propicia comportamientos riesgosos, sobre todo por parte de la población masculina joven. Se trata de una noción de virilidad y masculinidad que resulta peligrosa y dañina, para las mujeres, sin duda, pero de, forma directa e inmediata, para los propios hombres, ya que les obliga a asumirse a sí mismos como imbatibles y, por lo tanto, proclives al peligro,

incapaces de reconocer ninguna debilidad o vulnerabilidad, lo cual, en este caso, se hace manifiesto en la resistencia a usar la mascarilla, en la tendencia a usarla incorrectamente, y en el descuido o la indiferencia a la hora de aplicar las normas de distanciamiento. El problema es que, tratándose de un virus altamente contagioso, ello promueve su diseminación incrementada, incluso en el ámbito familiar, entre las propias esposas o compañeras de los hombres, y sus hijos e hijas.

- b) En nuestra sociedad ha prendido a profundidad lo que, en rigor, cabe reconocer como un “ethos neoliberal”, propicio a una noción de individualismo extremo, generalmente con rasgos hedonistas y nihilistas, a menudo asociado a la exaltación del poder económico, la rentabilidad empresarial, y el éxito personal como objetivo en sí mismo, y como ejercicio voluntarista sujeto exclusivamente, sin que medie ningún factor social más profundo, al interés y esfuerzo personal. Es algo que tiene manifestaciones diversas y muy generalizadas. Parece haber contaminado en forma significativa la cultura empresarial, según se evidencia en la tendencia de las cámaras empresariales a reiterar mensajes que enumeran una larga lista de exigencias de interés gremial, sin jamás expresar ningún compromiso ciudadano, y sin jamás ofrecer un aporte solidario. Entre los distintos sectores de la población, es posible que esté más arraigado en la población urbana de menos de 40 años, de estratos de ingresos medios y altos, ya que, en su caso, toda su vida ha transcurrido bajo el influjo de una atmósfera ideológica que exalta esa forma de individualismo. Todo esto tiene efectos disolventes sobre los lazos de la convivencia social, lo cual resulta tremendamente inapropiado y disfuncional, cuando se enfrenta una emergencia pandémica-sindémica como la que el Covid-19 nos plantea. El ethos economicista, hedonista y nihilista asociado a esta forma de individualismo, se hace manifiesto en esos comportamientos de completo descuido y absoluta indiferencia, que la prensa y las autoridades denuncian continuamente, que, aunque relativamente más frecuentes en personas jóvenes, también se observan en otros estratos de edad. Los mensajes que se limitan exclusivamente a enfatizar la responsabilidad individual, de alguna manera refuerzan esa visión estrechamente individualista, y arriesga por ello tener el efecto contrario al deseado. La cuestión pasa por recuperar valores de comunidad y solidaridad, en los cuales insertar la convocatoria a la responsabilidad personal. Que ésta sea, entonces, mucho más que solo un “cuidarse a sí mismo/misma”, para pasar a ser el aporte que cada quien da, dándose la mano en un ejercicio de acompañamiento y reciprocidad, dentro de una empresa de cuidado amoroso y compartido, que atiende al interés general, mucho más que al interés personal. Admitamos que esto tampoco podrá modificarse fácilmente, ya

que estamos en presencia de una ideología profundamente arraigada en nuestro medio. Pero, como mínimo, debería intentarse crear conciencia a través de un esfuerzo educativo serio, apropiadamente diseñado y orientado.

- c) Es evidente que el Covid-19 ha planteado un desafío de salud pública no visto en generaciones, con enormes y gravísimas implicaciones para el bienestar, la salud y la vida. Ya anteriormente hicimos ver, que las afectaciones para la salud mental que esto trae, configura algo que podría ser considerado una verdadera crisis de salud pública. Aquí, de nuevo, se requieren soluciones construidas colectivamente, con participación de las diversas instituciones públicas encargadas de la salud, las universidades y los colegios profesionales, entre otros, con el fin de proveer los recursos y apoyos que muchas personas hoy urgentemente requieren. Por otra parte, téngase presente que esto induce en muchas personas un ejercicio de negación, que se concreta en ciertos sesgos cognoscitivos, los cuales a su vez promueven el descuido y alimentan el contagio. Uno de estos es el “sesgo de confirmación”, o sea, un ejercicio selectivo de recopilación de los datos, que permita confirmar las opiniones previamente construidas por la persona, de forma, digámoslo así, que se “mira” solo aquello que quiere se mirar, y sistemáticamente se tiende a ignorar lo que pudiera contrariar la opinión personal o perturbar la propia tranquilidad. Pero también emerge un “sesgo del optimismo”, es decir, la idea de que “a mí no me va a pasar”. Los anteriores entre algunos otros sesgos cognoscitivos que la psicología viene estudiando, y que inducen comportamientos sociales anómalos, que dificultan la adopción de las medidas de protección sanitaria. Tener esto presente es necesario para definir estrategias de comunicación y esfuerzos educativos, que permitan combatir de la forma más eficaz posible, este tipo de problemáticas.

Propuestas frente a la crisis sanitaria del Covid-19

- a) Desarrollar vigorosas campañas educativas, casa por casa, que incluyan distribución de mascarillas y alcohol, y otros productos de higiene, en los barrios y comunidades más pobres y carenciados.
- b) Creación de “hogares de acogida” en esos mismos vecindarios, los cuales podrían instalarse en salones parroquiales, salones comunales, etc. donde puedan aislarse los casos positivos, cuando en su propia casa ello no sea posible, garantizando condiciones dignas, y con provisión de todos los servicios necesarios, incluso de alimentación.

- c) Fortalecimiento de los mecanismos de apoyo a las mujeres, para prevenir y brindarles protección frente a situaciones de violencia machista, junto a un esfuerzo de educación y sensibilización orientado a generar un cambio cultural que contemple la redistribución de responsabilidades de cuidado de forma equitativa entre hombres y mujeres. Asimismo, es importante que se fortalezca la infraestructura pública de cuidado, como es necesario que la cultura y el compromiso por el cuidado permee también a las empresas, y, en general, los sitios de trabajo. O sea, no solo es necesario que hombres y mujeres asuman el cuidado en forma paritaria, sino que la propia sociedad lo incorpore en sus instituciones y en sus estilos de convivencia. En esta misma línea, proponemos fortalecer la organización ciudadana con sensibilidad de género, como una forma de apoyo al INAMU y otras instituciones públicas, encargadas de prevenir y atender situaciones de violencia contra las niñas y las mujeres, y, en general, contra personas vulnerables. Las municipalidades, desde las oficinas de desarrollo social y las oficinas de las mujeres, en conjunto con las asociaciones de desarrollo, podrían colaborar en este cometido.
- d) Reordenamiento de todas las paradas de buses en todas las principales ciudades, de forma que queden distanciadas las unas de las otras, y de modo que en cada una de éstas haya espacio suficiente para que las personas guarden la distancia física recomendada.
- e) Debe establecerse un límite máximo en el número de personas que viajen en cada bus, o en cualquier transporte público, a fin de garantizar distanciamiento físico.
- f) A fin de evitar las demoras que ello podría implicar para las personas que usan el servicio, debe incrementarse el número de buses y que éstos circulen a intervalos más cortos.
- g) Puesto que, lamentablemente, el “Bono Proteger” no solo ha desaparecido, sino que no existe voluntad política alguna por buscarle financiamiento y revivirlo, proponemos un programa de entrega de alimentos y de artículos de higiene, a todos los hogares de las comunidades y barrios más pobres. Aquí de nuevo les compete a las municipalidades una responsabilidad importante, a la par de las instancias del Gobierno Central, que tienen a cargo la ejecución de la política social.
- h) Para que los procesos de vacunación sean plenamente efectivos, no deben establecerse discriminaciones odiosas, como la que actualmente está formulada en relación con la población migrante en situación irregular. Ello es un imperativo ético y moral, y de respeto a los derechos humanos, como también una decisión necesaria para evitar que

persistan focos de contagio fuera de control. Si bien consideramos razonables los criterios de priorización que las autoridades han definido, advertimos que hay poblaciones que enfrentan un alto riesgo, y a los que se han dejado al desamparo en el proceso de vacunación. La población de recolectores de basura y la de docentes de primaria y secundaria, son dos casos destacados. Es importante que universidades, iglesias, municipalidades y otras organizaciones públicas y privadas, colaboren en el proceso de vacunación, poniendo a disposición espacios amplios y ventilados, adecuadamente acondicionados, y, en lo posible, brindando apoyo logístico, con el fin de acelerar la aplicación de las vacunas. Las autoridades deberían considerar seriamente recurrir a otros oferentes de vacunas, más allá de las dos grandes farmacéuticas contratadas, a fin de ampliar la disponibilidad de vacunas y la rapidez con que éstas se reciben. En la medida en que exista certeza razonable acerca de la eficacia y seguridad de esas vacunas, ningún prejuicio ideológico debería interferir con su obtención.

- i) Hay evidencia abundante que sugiere que la suspensión de clases presenciales tiene un efecto significativo, en términos de reducción de los contagios. Téngase presente que no basta con que al interior de las instalaciones de escuelas y colegios, se apliquen con rigurosidad las normas preventivas. Reiteramos aquí lo que ya ha sido enfatizado: el Covid-19 deviene un problema en la interacción social, es decir, los contagios circulan cuando la gente circula y las personas se encuentra, se acercan y se interrelacionan unas con otras. Esa misma problemática está presente en este caso, ya que las clases presenciales ponen en movimiento a muchas personas, inclusive en transportes colectivos, y, en determinados momentos, generan aglomeraciones (a la salida de clases, por ejemplo). Pero, además, debe tenerse presente que, al igual que ocurre con los sitios de trabajo, los espacios educativos son al modo de puntos terminales de un proceso social que inicia en las casas y en los barrios donde viven los niños, niñas y jóvenes estudiantes, así como el personal docente, y desde donde esas personas se movilizan hacia los centros educativo, para luego retornar a sus hogares. Ese mundo de la vida, fuera de las aulas (y fuera de los sitios de trabajo) es, a menudo, un mundo de carencias y pobreza, que, como hemos reiterado, incrementan la vulnerabilidad y propician los contagios. Las y los docentes han hecho un esfuerzo excepcional que les debería ser reconocido, y, entretanto, permanecen expuestos a un riesgo agravado de contagio, dada la obligatoriedad de su presencia en los centros educativos. La suspensión de clases debería ser considerada seriamente, como mínimo en las

comunidades, vecindarios o regiones donde las tasas de contagio son más altas, y al menos por algún tiempo.

- j) Uno de los aspectos donde se ha evidenciado el carácter sindémico, más que pandémico, del Covid-19, ha sido la educación. Todas las asimetrías y desigualdades que cuartejan nuestra sociedad, ahí han aflorado con especial crudeza, y con efectos negativos que directamente inciden sobre nuestras niñas, niños y jóvenes de clase trabajadora o pertenecientes a los sectores sociales más carenciados. Hay enormes déficits educativos que se están acumulando, y que exigirán de un enorme esfuerzo nacional, para poder recuperarlos y superarlos. Aquí, una vez más, la convocatoria a la responsabilidad individual resulta destinada por insuficiente. El país deberá movilizar amplios recursos colectivos para atender este desafío y poner a nuestras niñas, niños y jóvenes al día en sus procesos educativos. De momento, y en virtud de la necesidad de ampliar las formas virtuales de educación, es urgente que se agilicen la utilización de los recursos de FONATEL de forma que se garantice la conectividad en todos los territorios del país, incluyendo conexiones abiertas y gratuitas en aquellos sitios que presentan mayor exclusión socioeconómica. El propio presidente Alvarado, debería interesarse personalmente en garantizar que todo esto se ejecute con máxima prontitud y con verdadero sentido de urgencia. Sin duda, una más, entre muchas otras expresiones de exclusión y marginalidad, que el Covid-19 ha sacado a la luz, tiene que ver con el acceso diferenciado -que en algunos sectores de nuestra sociedad es ausencia total- a las tecnologías digitales y la Internet.
- k) Hemos también señalado los poderosos factores culturales que subyacen a esta problemática, de donde resultan cosmovisiones y patrones de comportamiento que pueden dificultar el control de los contagios. Frente a eso, es muy dudosa la eficacia que puedan tener los mensajes que enfatizan una responsabilización individual en abstracto. Es necesario tratar de desarrollar estrategias educativas diferenciadas e inteligentemente diseñadas, que, de forma sutil y respetuosa, traten de incidir sobre esas cuestiones, y que, en lo posible, induzcan cambios de comportamiento. Hemos advertido que nunca será fácil lograrlo, pero no por ello se justifica dejar de hacer. Es lo que, objetivamente, se puede hacer, y es un deber hacerlo.
- l) Es fundamental que las autoridades de salud incorporen profesionales de alto nivel en ciencias sociales, dentro de los equipos que asesoran las decisiones de políticas relacionadas con el manejo del Covid-19. Claramente ello es necesario, para enriquecer el abordaje que se hace y enriquecer las respuestas que se apliquen. Tanto

las universidades públicas como los colegios profesionales, podrían dar un valioso aporte en ese particular.

- m) Todo lo que estamos proponiendo demanda recursos financieros adicionales. Debería sobrar generosidad y disposición para darlos, puesto que de por medio está la salud y la vida de muchas personas, lo que plantea un deber humano y moral ineludible. Pero, incluso desde el punto de vista puramente económico, invertir en este esfuerzo puede redituarse posteriormente, en la medida en que ello facilitaría retornar más rápido a una relativa normalidad en las diversas actividades económicas. Y recordando una vez más que estamos ante algo que no solo convoca a la responsabilidad individual, sino también, e incluso más, a la responsabilidad colectiva, necesariamente debemos admitir que, entonces, se hace obligatorio movilizar recursos colectivos. Y esto último, a su vez, debería hacerse sobre una base realmente justa y equitativa, de forma que aporten más, quienes más posibilidades económicas tienen de hacerlo. Es innegable que quienes tienen salarios relativamente elevados, deben aportar más, y ello incluye, en primera instancia, a los catedráticos y las catedráticas de las universidades públicas. Pero igualmente deben hacerlo las grandes empresas que siguen reportando ganancias y las personas y familias más ricas de nuestra sociedad. Ello podría resolverse mediante recargos temporales y muy progresivos a los impuestos sobre salarios, ganancias empresariales, rentas y ganancias de capital, y grandes patrimonios familiares y personales.

Dr. Luis Paulino Vargas Solís

Director a.i. Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE)

Vicerrectoría de Investigación, UNED

7 de mayo de 2021